

La Salvación Cristiana y el Progreso Humano Temporal en la Actual Discusión Ecuménica

Fr. Boaventura Kloppenburg, O.F.M.

Profesor de Teología en el Instituto Pastoral del CELAM

Cuando el día 23 de Noviembre de 1975 comenzaba en Nairobi la V Asamblea General del Consejo Mundial de Iglesias, era evidente que el punto de más tensión y preocupación, en la actual discusión ecuménica, era -y sigue siendo también después de Nairobi- el modo como entender las relaciones entre la salvación cristiana eterna y la promoción humana temporal. Y como en este campo el modo de ver de los Ortodoxos no parece coincidir con el que es predominante entre los que dirigen el Consejo Mundial de Iglesias (CMI), veremos separadamente las dos posiciones:

1. El Concepto de Salvación en la Teología Ortodoxa.

En los últimos años los Ortodoxos tuvieron buenas oportunidades para explicitar o formular su concepto de salvación en el contexto creado por la controversia en el seno del Consejo Mundial de Iglesias (del cual son miembros) entre "horizontalistas" y "verticalistas" (una terminología tal vez impropia pero usada por ellos). Los documentos principales son éstos:

1. "La salvación en la teología ortodoxa", documento redactado en el encuentro en el monasterio de Penteli, Grecia, de 23 a 27 de Marzo de 1972, para preparar el tema "La salvación hoy" de la Asamblea de Bangkok.

2. Mensaje del Patriarca Pimen de Moscú y de toda la Rusia y del Santo Sínodo de la Iglesia Ortodoxa Rusa al Comité Central del Consejo Mundial de Iglesias, de 7 de agosto de 1973, como reacción a los documentos de la Asamblea de Bangkok sobre "La Salvación hoy".

3. Declaración del Patriarcado Ecuménico (Constantinopla) con ocasión del XXV aniversario del Consejo Mundial de Iglesias, de 16 de agosto de 1973.

4. "Confesando a Jesucristo hoy", documento redactado en Bucarest, en Junio de 1974, en preparación a la Asamblea de Nairobi.

El documento más sistemático es ciertamente el primero, del cual intentaré reproducir aquí los pensamientos principales:

También los Ortodoxos sienten la necesidad de reinterpretar su tradición a la luz de la situación del hombre de hoy. Todos tienen como cierto que la base de la salvación es la vida divino-humana, la muerte, la resurrección y la exaltación del Logos de Dios encarnado, obra que es

continuada por el Espíritu mediante la Iglesia hasta el fin de los tiempos. Pero ellos sienten dificultades cuando tratan de relacionar la experiencia de salvación de la Iglesia con la vida de personas que parecen tener su propio ímpetu independiente de la Iglesia. Por eso necesitan encontrar criterios para poder discernir lo divino de lo demoníaco en muchos movimientos de emancipación y liberación de nuestro tiempo. La mayor parte de ellos considera insatisfactoria la distinción en una participación en la salvación de Cristo fuera de la Iglesia y dentro de ella, en simples términos de potencialidad y realización. Por eso desean otras categorías.

Una de estas categorías puede ser la *nueva comprensión del pecado* como teniendo su lugar no únicamente en la existencia personal sino también, y con igual fuerza, en la estructura de la sociedad. Pues es evidente que la corrupción, el soborno, la opresión y la explotación están tan profundamente atrincherados en la sociedad que unos pocos hombres de buena voluntad en posiciones de autoridad no serían capaces de erradicarlos. Si Cristo vino para salvar al género humano del pecado, entonces tanto el pecado personal como el mal estructural deben dejar camino a su poder salvador y a la obra del Espíritu. Según este modo de ver, será necesario al cristiano mirar a la obra de Dios en la lucha por la justicia, la dignidad y la libertad para todos los hombres. Sin embargo, no deben tampoco desconocer el hecho de que el Diablo, aunque ya destronado, sigue todavía actuando en el mundo y por eso los cristianos deben desarrollar su capacidad de discernir en los distintos movimientos seculares lo que es acción del Espíritu de lo que es obra demoníaca.

También la *doctrina bíblica de la creación* ayuda a conocer la obra de Dios en la humanidad. Fue la gracia de Dios la que ha dado existencia a la creación y es por Su gracia que la creación sigue existiendo y orientándose hacia el fin determinado por Dios. Dios le ha dado el *arché* (origen) y el *telos* (fin). La obra de Dios en la encarnación no puede oponerse a la obra de Dios en la creación. Si eso es así, la Iglesia tiene la responsabilidad de identificar y de sostener todos los movimientos seculares que contribuyen al cumplimiento y a la perfección de la creación y al desarrollo completo de la humanidad según la imagen de Dios.

En el esfuerzo de ensayar una interpretación Ortodoxa del sentido de la salvación, ellos piensan encontrar una ayuda en la noción patristica de la *theosis* o deificación. Como este término, poco familiar a los occidentales, tiene además una connotación pagana, es necesario aclarar bien el sentido cristiano que le han dado los Padres. Si el hombre es creado a la imagen de Dios y si el hombre es la imagen que Cristo vino a restaurar por su muerte y resurrección, el efecto de la salvación debe ser éste: que el hombre es más y más conformado a la imagen y semejanza de Dios en la cual fue creado. La distinción entre el Creador y la creatura no puede ser anulada por la *theosis*, pues el Creador tiene vida

en sí mismo y está más allá del tiempo, mientras que el hombre, como creatura, recibe su vida de Dios y es constantemente dependiente de él y, además, vive en el tiempo, es decir: no viene a la existencia en su plenitud pero debe adquirir la perfección en el tiempo.

La comprensión cristiana de *theosis* es plenamente cristológica y pneumatológica. El vocablo fue usado primero en la literatura cristiana en un contexto cristológico, para referirlo a la comunicación de cualidades divinas a la carne del Logos encarnado. La *theosis* del hombre se hizo posible en y mediante la adopción de la naturaleza humana por el Logos divino. Según los Padres, la *theosis* se hace posible en la Iglesia, mediante el ministerio sacerdotal y los sacramentos, como también con la vida disciplinar y la lucha contra el mal. Como dice San Pablo en 2 Cor 3,18, es el Espíritu del Señor el que nos libera y nos hace capaces de reflejar la gloria del Señor y así "nos vamos transformando en esa misma imagen cada vez más gloriosos" haciéndonos "participantes de la naturaleza divina" (2 Pd 1,4). La *theosis* tiene como meta última no la absorción final del individuo en Dios, sino la unión con el Dios-Hombre Jesucristo por el Espíritu, para constituir el cuerpo de Cristo, el templo no hecho por manos en el cual habita Dios en santidad y rectitud. Así el hombre unido a Dios se hace más y más santo y recto, más y más amable en un proceso de crecimiento sin fin, ya que es infinita la santidad y la bondad de Dios.

Una Cristología Ortodoxa no puede limitar su comprensión de la persona de Cristo solamente a su existencia histórica, separada de su existencia "antes de los tiempos" y de su exaltación a la "derecha de Dios". Por eso una comprensión secular de salvación únicamente en el sentido de liberación política, económica y social no sería cristiana. El hecho de que los métodos científicos e históricos son incapaces de alcanzar la "pre-existencia" o la "exaltación en la celestialidad", prueba simplemente la limitación de esta metodología científica e histórica. Para los Ortodoxos la comprensión que tiene la Iglesia de un mundo "más allá" de la existencia histórica y su total experiencia eucarística la nutre en su certeza y en la participación en aquel mundo trascendental, en compañía de los seres angélicos y de los Santos de Dios, la entera comunidad en el cielo y en la tierra.

La Soteriología Ortodoxa tampoco puede poner en primer lugar los aspectos negativos de la salvación, como son la liberación del pecado y de la muerte o también la lucha contra la injusticia. Los Ortodoxos subrayan en primer lugar el aspecto positivo, la incesante transformación en una mayor conformidad con la imagen de Dios y la participación en la naturaleza divina.

Siendo que la novedad en Cristo no es limitada únicamente a la existencia histórica, necesitamos de otras categorías que las ciencias históricas o académicas, sea para la comprensión, sea para la comunicación de la realidad de la salvación. Símbolos, imágenes, poesía, actos

litúrgicos y sacramentos son formas de expresión y comunicación con su propio poder para iluminar la realidad del mundo de Dios y Su acción salvadora. Nuestra *theoría* (visión) y experiencia de la salvación dada por Dios, tal como la tenemos en la comunidad eucarística por el poder del Espíritu, nos hace capaces de rebasar tanto la historia como la palabra escrita de la Escritura.

Pero la comprensión Ortodoxa de la salvación sería falseada cuando uno la ve únicamente como "mi salvación" y no también como la salvación que abarca toda la realidad, sanando y trascendiendo toda quiebra, fragmentación y estrechez en la humanidad y en el cosmos. De hecho ser salvado significa también ser liberado del egoísmo personal y del deseo de juzgar y discernir todas las cosas a partir de los intereses propios. Ser salvado significa tener la mentalidad de Cristo y, por ende, trabajar para el bien de todos.

El documento de Bucarest (Junio de 1974), más preocupado con la tarea misionera de la Iglesia, añade un pensamiento muy importante al concepto Ortodoxo de salvación. Declara que la misión sólo es posible en y a través de un acontecimiento de comunión que refleja en la historia la existencia trinitaria del mismo Dios: la Iglesia. Por eso la misión apunta siempre hacia y es realizada por una comunidad eclesial. De eso se sigue que una herejía eclesiológica hace la misión imposible o la desfigura. "Esta perspectiva eclesiológica implica que la misión esta en último término preocupada en apuntar hacia una cualidad de la existencia que refleja la de la Trinidad. Es en este punto donde tiene lugar, o así parece, un gran desfase entre las preocupaciones actuales antropológicas y sociológicas de nuestro tiempo y las de la Iglesia. La misión de la Iglesia aspira a sobrepasar las divisiones que prevalecen en el mundo social y natural apuntando hacia el acontecimiento de comunión que Dios ofrece al mundo como el Cuerpo de Cristo, la Iglesia. Sin embargo, la especificidad de la misión de la Iglesia no debe nunca perderse de vista. Se halla en estas áreas principales: a) la transformación social justifica la misión de la Iglesia, siempre que respete plenamente al hombre como persona, su libertad y su singularidad; b) la transformación social puede tener sentido a la larga si el cosmos natural en su totalidad es transformado y la muerte es abolida; c) la preocupación de los problemas actuales de la existencia humana y la lucha por la justicia social constituye parte de la 'puerta estrecha' del Reino de Dios, pero el proceso histórico no puede producir o dar el Reino".

Por lo tanto, según los Ortodoxos se puede decir que el Reino de Dios irrumpe en la historia como su antítesis y no que la historia constituye el Reino.

Reaccionando fuertemente contra el concepto de salvación formu-

lado en la Asamblea de Bangkok, el Patriarca Pimen de Moscú y el Santo Sínodo de la Iglesia Ortodoxa Rusa, en el mensaje de 7-8-1973 dirigido al Comité Central del CMI, nos ofrece nueva oportunidad para precisar mejor el pensamiento Ortodoxo sobre la salvación y sus relaciones con la preocupación social por la promoción humana. Antes de detectar los defectos, el Mensaje enumera como "elementos positivos" en los documentos de Bangkok los puntos siguientes:

a) el no limitarse a una concepción estrecha de la salvación, que la convertiría en una preocupación limitada al bien espiritual del individuo, ignorando la realización de la alianza de amor con el prójimo;

b) el haber subrayado que los cristianos necesitan "comprometerse en la lucha no sólo contra el pecado que hay en ellos, sino aún más contra el que hay en la sociedad";

c) el haber expresado, consciente de la alta responsabilidad de los cristianos, su firme decisión de tomar parte activa en la eliminación de la injusticia social, de la discriminación racial, de la humillación del hombre y de otros fenómenos deshumanizantes;

d) el dejarse guiar por la convicción, estimulante para los cristianos, de que la causa de la salvación realizada por nuestro Señor Jesucristo es el fundamento que une a los hombres y anima un diálogo amplio y fructífero que trata de instaurar unas relaciones fraternas que permitirán a los "cristianos trabajar gozosamente con los demás hombres para hacer frente a las miserias de los hombres, aliviar sus sufrimientos, establecer la justicia social. . . y luchar por la paz".

Pero, a pesar de estos elementos y "ante el deseo común de entender auténticamente y confesar la verdad de la salvación", el mensaje ruso lamenta que la Conferencia de Bangkok no haya tenido en cuenta buen número de comentarios importantes formulados por los Ortodoxos. Y en seguida apunta "los defectos más notorios" de que adolecen los documentos finales de Bangkok:

1. Una tendencia deliberada hacia una concepción unilateral de la salvación, en la línea de un horizontalismo desenfrenado. "Nada se dice de la meta última de la salvación, dicho en otros términos, de la vida eterna de Dios". Sin esta dimensión el proceso de la salvación pierde todo su alcance.

2. Tampoco se alude a la mejora y la perfección morales como condiciones indispensables para alcanzar esa meta.

Estas dimensiones personales y eternas de la salvación, dice el documento, son "parte integrante de la concepción recta de la salvación". La dimensión vertical es *esencial* (el subrayado es del documento ruso) y según esta dimensión "la salvación exige la perfección individual, como elemento de un organismo social llamado a luchar contra el pecado interior y exterior, a fin de realizar la plenitud de la vida en la comunión vital con Dios tanto en el mundo temporal como en el eterno".

3. Sin negar el derecho inalienable que tiene el hombre a benefi-

ciarse de unas condiciones favorables a su desarrollo integral en su lucha por una vida digna de este hombre, “no podemos admitir que no se pueda hablar siquiera de salvación hoy hasta el momento que el hombre no disfrute de unas condiciones válidas de vida”. En efecto —continúa el documento del Patriarca Pimen— “la salvación no es un suplemento o un complemento del vivir humano, accesible únicamente a quienes ya conocen unas condiciones favorables, sino un medio para que el hombre acceda a la plenitud de la vida independientemente de la situación en que ahora se encuentra”.

4. El concepto soteriológico de la Conferencia de Bangkok “refleja hasta cierto punto una tendencia a vivir sin relación alguna con el pasado”. Los cristianos que miran con amor las tradiciones del pasado son llevados a ver en la insistencia casi exclusiva en el horizontalismo la tentación “de dejarse llevar de un sentimiento de vergüenza que impide predicar a Cristo Crucificado y resucitado, poder y sabiduría de Dios. A causa de esta tentación y por miedo injustificado a no estar en consonancia con los gustos del momento, a perder la popularidad, se silencia la sustancia misma del evangelio”.

Casi por el mismo tiempo (16 de agosto de 1973) también el Patriarcado Ecuménico (Constantinopla) publicaba una Declaración con consideraciones críticas sobre ciertas orientaciones teológicas del CMI. Delante de las nuevas exigencias sociales se plantea la cuestión “de si son éstos y sólo éstos los problemas que indican el objetivo y la orientación del CMI. Se trata de una cuestión básica”: ahí están las raíces de la crisis que amenaza al movimiento ecuménico en general y al CMI en particular, afirma la Declaración. Y pide entonces que, como órgano que no está llamado a sustituir a las Iglesias, sino a actuar en su servicio para resolver los problemas que aquejan hoy a la humanidad, “el CMI nunca deberá olvidar cuál es la característica fundamental de la vida humana, concretamente, que por encima de su anhelo de superar los más acuciantes problemas sociales y políticos, el hombre se sabe hambriento de una respuesta a otra cuestión más profunda: ¿cuál es la razón de la vida humana sobre la tierra? ¿Qué significa ser una persona, un ser moral, que desea algo más allá de esta vida, algo definitivo y satisfactorio sin fin? El CMI habrá de tener siempre en cuenta las tres dimensiones de la vida humana: su naturaleza creada, su obediencia moral y la vocación gratuita en Cristo”. Por eso pide al CMI no ser simplemente “un movimiento secular entre otros muchos”, sino “la voz profética viva, la palabra de Cristo”. Y en este sentido persistirá en sus esfuerzos para hacer frente a los múltiples sufrimientos de la humanidad, pero siempre para “proclamar a Cristo y a Cristo solo”. Por eso debe suprimir “todo intento de lograr unos objetivos ajenos a su naturaleza o que pudieran desviarlo de sus propósitos originales, específicamente eclesiales y espi-

rituales’

Y al comenzar la gran Asamblea de Nairobi, según el periódico local *Target*, de 25-11-1975, el conocido e influyente teólogo ruso Vitaly Borovoy expresaba ciertamente la gran preocupación de los Ortodoxos cuando declaraba “Es importante que la Asamblea (de Nairobi) defina correcta y claramente los puntos de partida y las directivas en la interpretación de este tema (esto es. “Jesús libera y une”), que ella defina con claridad las prioridades de intereses teológicos y eclosiológicos sobre los intereses sociales y políticos, a fin de evitar una falsa universalidad de intereses, una sociologización sin límites y una politización pura y simple. La Asamblea deberá tener la valentía de impedir con decisión y autoridad que el CMI y el movimiento ecuménico tiendan a ser simplemente una organización internacional de cristianos que se ocupan de problemas sociales, internacionales y humanos”.

II El Concepto de Salvación en la Teología del CMI

En el gran Congreso Ecuménico sobre las misiones extranjeras, celebrado en Nueva York en 1900, se proclamó la urgente necesidad de la “evangelización del mundo”. En esta ocasión el Secretariado del Congreso, R.E. Speer, refutaba violentamente las teorías que ponían como fin de la misión “la total reorganización de toda la estructura social. . . reorganizar los Estados y reconstruir la Sociedad”; todo esto no puede superar la categoría de simple medio o método. El único fin de la misión es la evangelización del mundo, y la evangelización “is to make Jesus Christ known to the Wordd”. Quedaba así separado de la evangelización todo trabajo social o político.

El CMI comenzó a preocuparse de la trágica situación social de la humanidad sobre todo desde 1966, cuando se celebró en Ginebra la Conferencia Mundial de Iglesia y Sociedad sobre el tema “Los cristianos en las revoluciones técnicas y sociales de nuestro tiempo”. Los problemas suscitados en Ginebra fueron después más claramente detectados en el Coloquio sobre las cuestiones teológicas de Iglesia y Sociedad, en Zagorsk, 1968. Y fueron retomados y oficializados en la IV Asamblea General del CMI en Upsala, 1968. Esta Asamblea pidió a las Iglesias participaran más eficazmente en el proceso del desarrollo y formuló algunas recomendaciones prácticas. Solicitó con insistencia a las Iglesias prestar una atención prioritaria a los sectores más pobres de la sociedad y las invitó a comprometerse políticamente en la transformación de las estructuras injustas, a nivel nacional e internacional.

Fue principalmente a partir de Upsala que en el CMI se planteó y estudió incesantemente el problema suscitado por la controversia entre “horizontalistas” (preocupados por mejorar la sociedad y por el establecimiento de un orden justo en el mundo) y los “verticalistas” (que ponen en primer lugar la conversión personal y la plenitud en Jesu-

cristo).

La Asamblea de Bangkok, Thailandia, del 29 de diciembre de 1972 al 8 de enero de 1973, sobre "La salvación hoy", convocada por la Comisión para la Misión Mundial y la Evangelización (uno de los departamentos del CMI), intentó formular una noción inclusiva o global e integradora de salvación:

"La revelación que Cristo trajo, y en la cual participamos, ofrece una totalidad integradora en esta vida dividida. Entendemos la salvación como una novedad de vida, el despliegue de la verdadera humanidad en la plenitud de Dios (Col 2,9). Se trata de la salvación del alma y del cuerpo, del individuo y de la sociedad, de la humanidad y de 'la creación que gime' (Rm 8,19). Del mismo modo que el mal actúa en la vida personal y en las estructuras sociales explotadoras que humillan a la humanidad, también la justicia de Dios se manifiesta en la justificación del pecador y en la justicia social y política. Del mismo modo que la culpa puede ser personal y corporativa, también el poder liberador de Dios cambia a los individuos y las estructuras. Hemos de superar las dicotomías de nuestros pensamientos sobre el cuerpo y el alma, de persona y la sociedad, la humanidad y la creación. En consecuencia, entendemos que las luchas en pro de la justicia económica, la libertad política y la renovación cultural son otros tantos elementos de la liberación total del mundo en virtud de la misión divina. Esta liberación culminará cuando "la muerte sea absorbida en la victoria" (I Cor 15-55). Esta noción global de la salvación exige de todo el pueblo de Dios un enfoque global de su participación en la salvación".

Este texto se encuentra en el informe de la Sección II, sobre "Salvación y justicia social". En este mismo informe tenemos otro texto central, que a muchos ha dado la impresión de un excesivo horizontalismo:

"Dentro de una noción global de la salvación, vemos la obra salvadora en cuatro dimensiones sociales:

1. La salvación que actúa en la lucha por la justicia económica contra la explotación del hombre por el hombre.
2. La salvación que actúa en la lucha por la dignidad humana contra la opresión política de los pueblos.
3. La salvación que actúa en la lucha por la solidaridad contra la alienación de las personas entre sí.
4. La salvación que actúa en la lucha por la esperanza contra la desesperación en la vida personal.

En el proceso de la salvación debemos relacionar estas dimensiones unas con las otras. No hay justicia económica sin libertad política, ni libertad política sin justicia económica. No hay justicia social sin solidaridad, ni solidaridad sin justicia social. No hay justicia, ni dignidad humana, ni solidaridad, sin esperanza; ni esperanza sin justicia, dignidad y solidaridad" etc.

Refiriéndose a los medios y criterios en la obra de la salvación, el informe de la Sección II de Bangkok añade:

“Al hablar de salvación de manera realista, debemos abordar necesariamente el problema de los medios adecuados. Los medios difieren en función de las cuatro dimensiones definidas más arriba. No lograremos justicia económica sin participar en el poder económico y sin hacer uso de ese poder. No obtendremos libertad política sin participar en el poder político y sin hacer uso de él de manera prudente. No superaremos la alienación cultural sin utilizar la influencia cultural”, etc.

En este contexto es abordado también el uso concreto de la violencia liberadora contra la violencia opresiva. Recuerda que el mandato de Jesús de amar a su enemigo presupone la hostilidad. “En el caso de la violencia institucionalizada, de la injusticia estructural y la inmoralidad legalizada, el amor implica también el derecho de resistir y el deber de reprimir la tiranía, efectuando una elección responsable entre las posibilidades de que disponemos. El hombre puede entonces ser pecador por causa de amor, pero puede confiar en el perdón”.

Emilio Castro, que en Bangkok tomó oficialmente posesión de su cargo de Director de la Comisión por la Misión Mundial y Evangelización, constató con satisfacción que “las discusiones teológicas que tienen lugar en determinados ambientes del mundo occidental han sido rechazadas en Asia, Africa y América Latina por estimar que no se trataba de las cuestiones básicas con que en estas zonas es preciso enfrentarse para proclamar la salvación hoy”. Declara que descubrieron que “la participación cristiana en las luchas por la justicia social, especialmente a través de unas acciones que favorezcan a los desposeídos de poder de este mundo, no supone una desviación de la preocupación capital de la fe cristiana, sino que *constituye precisamente su manifestación señera* en nuestro mundo. Hemos descubierto que en situaciones como la de Vietnam, *lo primero con vistas a la salvación* es asegurar la paz y que el *único medio* que tienen los cristianos de acreditar su fe en tal situación es luchar en pro de la paz. En otras situaciones hemos descubierto que *la salvación se manifestaba en la búsqueda de la independencia o la reconciliación*” (el subrayado no es del original).

Como era de esperar, no faltaron críticas a estas doctrinas sobre la salvación formuladas en Bangkok, bajo los auspicios del CMI. Ya hemos visto la reacción muy viva de las Iglesias Ortodoxas, miembros del CMI. “Algunos estiman —decía la Declaración del Patriarcado Ecuménico de Constantinopla— que el CMI es una organización que de algún modo persigue unos objetivos sociales y políticos en nombre de las Iglesias, y que sólo atiende a las consideraciones teológicas relacionadas con esos objetivos en la medida en que pueden servir para justificar posiciones que ya han adoptado el Consejo y las Iglesias.”

También en el ámbito protestante no faltaron las reacciones contra la tendencia horizontalista, no sólo entre los fundamentalistas, sino

también en grupos más moderados pero no pequeños que se dicen "evangelicales" (Cf. Gunars ANSONS. *Ecumenism under tension Evangelicals versus socialpolitical forces*, en *Lutheran World* 1975. pp. 199-212). El Congreso Internacional sobre Evangelización Mundial, en Lausana, del 16 al 25 de julio de 1974 (no organizado por el CMI), que reunió miembros de más de 150 naciones, se constituyó en una vigorosa afirmación contra los excesos horizontalistas, pero en una fórmula balanceada:

"Expresamos nuestro arrepentimiento tanto por nuestra negligencia como por haber concebido a veces la evangelización y la preocupación social como cosas que se excluyen mutuamente. Aunque la reconciliación con el hombre no es lo mismo que la reconciliación con Dios, ni el compromiso social es lo mismo que la evangelización, no obstante, afirmamos que la evangelización y la acción social y política son parte de nuestro deber cristiano. Una y otra son expresiones necesarias de nuestra doctrina sobre Dios y sobre el hombre, de nuestro amor al prójimo y de nuestra obediencia a Jesucristo. El mensaje de la Salvación encierra también el mensaje de juicio de toda forma de alienación, opresión y discriminación, y no debemos temer el denunciar el mal y la injusticia donde quiera que éstos existan. Cuando la gente recibe a Cristo, nace de nuevo en su Reino y debe tratar de manifestar a la vez que de difundir la justicia del mismo en medio de un mundo injusto. Si la salvación que decimos tener no nos transforma en la totalidad de nuestras responsabilidades, personales y sociales, no es la salvación de Dios".

El Presidente de la Comisión Central del CMI, Dr. M.M.Thomas, en su informe a la V Asamblea General del CMI, en Nairobi (del 23 de noviembre al 10 de diciembre de 1975), se refería más ampliamente a "nuestra nueva comprensión teológica de la relación entre la Iglesia y el mundo", que, decía, resultó de una conciencia más clara de las realidades contemporáneas del mundo: gran número de Iglesias de Europa Oriental, Africa, Asia y América Latina llevaron al CMI las esperanzas, las aspiraciones y las luchas de sus pueblos, razas y naciones; el CMI ha escuchado con nueva sensibilidad a los pobres, los marginados y oprimidos; y los expertos laicos en cuestiones sociales, políticas y técnicas se encontraron con los teólogos para reflexionar juntos sobre su vocación cristiana y sobre la misión de la Iglesia en el mundo secular de hoy. Todo eso ha llevado al CMI a repensar la vida y la misión de la Iglesia. Mirando a los documentos de Bangkok, de Lausana y de Roma (se refería al Sínodo de los Obispos de 1974), cree descubrir un importante consenso en tres puntos: a) la afirmación de la naturaleza comprensiva o global de la salvación, que incluye la totalidad del cuerpo y alma, individuo y sociedad, humanidad y cosmos, b) el reconocimiento del fundamento escatológico para la acción histórica. c) la comprensión de la Iglesia como señal y portadora de la salvación para todo el mundo. Ya no se cuestiona si hay relaciones entre las dimensiones personal, social

y cósmica de la salvación ofrecida por Cristo: la cuestión ahora es: cuál es esta relación, cuál es la naturaleza de la acción cristiana en la historia que expresa la esperanza escatológica, cuál es el lugar de la identidad de la Iglesia como portadora de la salvación. Sólo el ser humano es capaz de recibir el mensaje de la reconciliación en Jesucristo y sólo él puede responder. Pero el hombre no es un ser aislado; es un ser social, enextricablemente relacionado con las estructuras de la naturaleza, de la historia y del cosmos, a través de las cuales expresa la creatividad de su libertad o el pecado del amor propio y del orgullo. Personas, sociedad y cosmos se interpenetran mutuamente en la unidad de la existencia humana. Por eso, si la salvación del pecado mediante el perdón divino debe ser verdadera y plenamente personal, entonces debe expresarse en la renovación de estas relaciones y estructuras. Semejante renovación no es meramente una consecuencia sino un elemento esencial de la conversión de todo el ser humano.

No se puede negar que de Upsala a Nairobi hubo una corrección importante en la comprensión de la misión de la Iglesia. En su informe presentado en Nairobi, el Secretario General del CMI, Dr. Potter, ensayó una mejor precisión de la fórmula usada en Upsala en 1968: "El mundo fija la agenda de la Iglesia"; ahora se concede que "la consideración de lo que Dios hace en el mundo nos indica lo que debemos hacer". Y esto, ciertamente, es más exacto, pues no todo lo que acontece en el mundo es obra de Dios. Es la razón por que los Ortodoxos piden que "los cristianos deben desarrollar su capacidad de discernir en los distintos movimientos seculares lo que es acción del Espíritu de lo que es obra demoníaca".

El Obispo Metodista de Bolivia, Mortimer Arias, fue el encargado del CMI para proclamar en la Asamblea de Nairobi que la evangelización es y debe ser tarea esencial, prioritaria y permanente del CMI. La verdadera evangelización, decía, es total e integral: el Evangelio entero para el hombre en la totalidad de su ser, individual y social, físico y espiritual, histórico y eterno. Esta evangelización debe ser también contextual, poniendo el Evangelio en relación con el contexto específico en el cual viven los hombres, sin jamás perder de vista la totalidad del mundo y las múltiples necesidades de la entera sociedad humana. Y enumerando una gran cantidad de diferentes actividades sociales del CMI, Mortimer Arias concluye, con fuerte acento en estas palabras: "Todos estos actos, todos estos esfuerzos son la misión y pueden hacer parte integrante de una evangelización auténtica en el mundo de hoy".

Era, en otras palabras, la repetición del concepto "totalizante" de salvación propuesto en 1973 en Bangkok y sobre el cual el mismo Mortimer Arias había publicado un libro significativamente titulado *Salvación es Liberación* (Editorial la Aurora, Buenos Aires 1973, 183 pp).

El mismo CMI había previamente invitado al Rev. John Stott, un

dirigente del ala evangélica de Inglaterra, para reaccionar a la ponencia de Mortimer Arias. Stott se hace portavoz de los “muchos entre nosotros” que piensan que la cuestión de la evangelización es hoy ampliamente eclipsada por la búsqueda de la liberación social. Por eso desea exponer en términos positivos qué es lo que CMI debe reencontrar hoy. Escuchamos con gran sensibilidad el grito de los oprimidos; pero pregunta: no deberíamos tener igual sensibilidad al grito de los perdidos o pecadores? Insistió en el concepto bíblico del hombre pecador: todos, oprimidos y opresores, somos pecadores sometidos al juicio de Dios y andamos por un camino abierto a la perdición (Mt 7,13). Simplemente no es verdad afirmar que todos son “cristianos anónimos” y que ellos tienen sólo necesidad que les sea revelada su verdadera identidad. La verdad, según el NT, es que todos son “muertos por causa de sus faltas y de sus pecados”, “separados de Cristo”. Nuestra tarea de cristianos delante de esta terrible condición humana, no es la de negar esta condición, sino de hacer lo que podemos, como San Pablo, para “salvar”. Lo que hoy más aparta a los hombres de la Iglesia es que la Iglesia perdió confianza en la verdad, en la actualidad y en la fuerza del evangelio. Stott teme que con un “concepto global de salvación” ya no tengamos manera de distinguir claramente entre la evangelización y liberación política.

El informe de la Sección I de Nairobi, sobre “Confesar a Cristo hoy”, es teológicamente un texto rico y bastante equilibrado, con la evidente preocupación de subrayar los aspectos “verticales” de la salvación, pero también con el afán de ofrecer una visión global de la liberación y comunión dadas por Cristo. “El entero Evangelio para la entera persona y el mundo entero”, es la fórmula. “Lamentamos que algunos de nosotros reducen la liberación del pecado y del alma a dimensiones privadas y eternas”. Declaran querer trabajar apasionadamente para la “total liberación” del hombre y anticipar la venida del Reino de Dios.

Pero esta misma Asamblea de Nairobi no tuvo dificultades en aprobar el informe de la Sección V, sobre “Estructuras de injusticia y luchas por liberación”, que, ya en el preámbulo, declara que “la participación en la lucha en favor de la liberación de la raza humana” es “la verdadera tarea de la Iglesia” (*The very task of the church*), o que “la lucha de los cristianos en pro de los derechos humanos es una respuesta fundamental a Jesucristo”. A veces, en efecto, no se sabe quién es el sujeto de las acciones propuestas: si “la Iglesia” o si “los cristianos”. El informe, por ejemplo, anuncia: “Debemos trabajar para la edificación de una sociedad sin estructuras injustas”. Que esto sea un deber de “los cristianos” en cuanto tales y a la vez miembros activos de esta misma sociedad, es evidente; pero que este tipo de actividad sea un deber o una tarea específica de “la Iglesia” en cuanto tal, ciertamente no es tan manifiesto.

Esta imprecisión o falta de suficiente atención a la diferencia de responsabilidades es quizás una de las causas del aparente callejón sin

salida en el cual se encuentra actualmente la soteriología del CMI.

Otra causa podría ser el optimismo con el cual se consideran las iniciativas seculares, dando la impresión de olvidar la presencia y la acción del "mysterium iniquitatis" al lado del "mysterium salutis", dificultando o hasta imposibilitando el necesario espíritu de discernimiento, para no tomar como obra de Dios lo que es simplemente obra humana o hasta obra del Maligno.

Una tercera causa parece estar latente en el concepto global de salvación, en el cual entran "globalmente" elementos de importancia y valor muy diversos, ocasionando una cierta incapacidad de distinguir entre lo que es verdaderamente esencial o principal de lo que es complementario o secundario.